

El laburo va y viene, el basural siempre está ahí: una etnografía sobre las constantes resignificaciones del trabajo en recolectores informales de residuos

Santiago Bachiller*

El artículo indaga acerca de los procesos de resignificación de los sentidos del trabajo en quienes subsisten mediante la recolección informal de residuos en un basural. Detecta ciertas variables claves en las permanentes redefiniciones del sentido del trabajo: las etapas laborales en las cuales se encuentra inmerso el sujeto –los periodos de conexión con el mercado de empleo, las fases de desempleo, los momentos de subsistencia mediante la economía informal–; el tiempo que la persona lleva subsistiendo mediante la recuperación de residuos; la noción de estigma; el proyecto provincial de cierre del basural y las expectativas laborales de los recolectores frente a dicho futuro.

El presente artículo es resultado de un trabajo de campo etnográfico realizado entre 2008 y 2011 con quienes subsisten gracias a la recolección de residuos en el vertedero municipal de Comodoro Rivadavia, una de las principales ciudades de la Patagonia, Argentina. El objetivo del mismo consiste en analizar los significados ligados al trabajo que sustentan los recuperadores informales de residuos. Priorizando la biografía laboral de los sujetos, se indaga cómo las represen-

taciones sobre el trabajo se modifican en función de distintas etapas vitales, las cuales se articulan en torno a la conexión con el mercado de empleo, las fases de desempleo y los periodos en los cuales la economía informal –expresada en términos de recolección de residuos– se convierte en la principal modalidad de subsistencia. Asimismo, se examina cómo el tiempo que estas personas llevan subsistiendo mediante la recuperación de residuos representa una variable clave en las constantes resignificaciones del sentido del trabajo. Finalmente, en la evolución de las concepciones sobre el trabajo se consideran otros factores fundamentales: la noción de estigma, el proyecto provincial de sustitución

de los basurales a cielo abierto por plantas de tratamiento de residuos, y las expectativas ligadas a un futuro laboral en el cual el espacio de subsistencia será clausurado.

En la actualidad no existen cifras que respondan con precisión cuántas personas se dedican a la recolección de residuos en Comodoro Rivadavia. En el marco del proyecto provincial de clausura de los basurales a cielo abierto, la municipalidad local realizó diversos informes. El más completo fue llevado a cabo a fines del 2000, arrojando el número de 221 recolectores (Informe Municipal, 2000). Posteriormente, en una segunda encuesta realizada el 23 de marzo de 2007 se contabilizaron 63 personas (Informe

* Doctor en Antropología Social; investigador del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología; docente de la Universidad Nacional de la Patagonia Austral, Argentina. Correo electrónico: <santiago.bachiller@gmail.com>.

Municipal, 2007). El último censo se ejecutó a fines del 2010, dando por resultado la presencia de 119 personas (Informe Municipal, 2010). La disparidad de las estadísticas responde a varios factores, entre los que destacan los diversos métodos de registro implementados por la municipalidad local en cada ocasión¹. A su vez, la cantidad de recolectores y las particularidades identitarias cambian según variables como el precio de los materiales a reciclar, el nivel de vinculación con el mercado de empleo, el nivel de satisfacción de las necesidades básicas familiares o los patrones migratorios en la ciudad. Como elemento novedoso, en la actualidad es posible observar la presencia de gente procedente de Bolivia y Perú, etcétera.

Las crisis económicas y sociales son otro factor determinante en cuanto a las características de la población que se aproxima al vertedero buscando aplacar sus necesidades. Quienes llevan décadas en el basural destacan cómo, con la hiperinflación de 1989 o la devaluación de 2002, las cifras de recolectores informales se incrementaron drásticamente. No obstante, la región posee sus particularidades. Siendo el petróleo el principal motor que mueve la economía de la ciudad, a las crisis nacionales en Comodoro Rivadavia es necesario añadir aquellas asociadas con la evolución de los precios y la extracción de dicha materia prima. Por consiguiente, Comodoro Rivadavia padeció una depresión especialmente significativa entre mediados y fines de la década de los noventa, como consecuencia de la privatización de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (en adelante YPF) (Salvia, 1999). El desarrollo de la ciudad estuvo estrechamente ligado con la empresa estatal petrolífera, por lo que la reestructuración del mercado de trabajo impactó negativamente en los indicadores de empleo. Asimismo, en el 2000 el país vivió una crisis donde las tasas de desempleo ascendieron a 14.7%; en tal año, la región presentó

¹ El informe del año 2000 supuso un trabajo de campo discontinuo de tres meses de duración, donde se utilizaron técnicas como la observación simple y diversos tipos de entrevistas. En cuanto a la encuesta llevada a cabo en el 2007, la misma se limitó a un único día, lo cual motiva a suponer que la cifra final ha sido infravalorizada; además, y a diferencia del registro anterior, dicho censo sólo se preocupó por obtener datos sociodemográficos básicos. A fines del 2010, la Municipalidad se aproximó al vertedero municipal en dos jornadas. Muchos de los recuperadores de residuos no fueron contabilizados en el basural, sino cuando se presentaron en las dependencias municipales con el fin de figurar en las planillas oficiales para ser incluidos en la futura planta de tratamiento. Es de destacar que ciertas personas (por ejemplo, quienes sólo se dedican a la recolección durante las noches) no fueron tenidos en cuenta en ninguno de los tres censos.

uno de los índices más elevados en dicho rubro (13.3%), mientras que la subocupación se situaba en 13% (Informe IATASA, 2010). Es de suponer que la mayor cantidad de recolectores detectada en el año 2000 respondería a dicho contexto social. Más aún: en el informe del año 2000 se estimaba que 40% de las personas entrevistadas inició su vínculo con el basural tras haber perdido el empleo (Informe Municipal, 2000). El trabajo de campo etnográfico nos lleva a afirmar que en estos últimos años la presencia de personas recientemente desvinculadas del mundo del empleo ha disminuido, siendo más significativa la asistencia de quienes tienen un vínculo *histórico* con el basural —personas que poseen varios años de antigüedad en el vertedero o que incluso se socializaron desde su primer infancia en el predio municipal—.

En definitiva, en una ciudad donde la economía local gira en torno a la producción del petróleo se verifica una tendencia en el trabajo asalariado: la escisión entre un segmento de trabajadores reducido que conserva garantías de estabilidad y otro sector sujeto a la inestabilidad y desvinculado de las instituciones de seguridad social (Cicciari, 1999). Es este último sector el que, en ocasiones amenazado por el desempleo y permanentemente diezmado por la inestabilidad laboral, nutre al basural de recolectores informales.

La relación de los recolectores de residuos con el mercado de empleo

En nuestras sociedades el trabajo se constituye como el soporte básico de inscripción en la estructura social, existiendo una “fuerte correlación entre el lugar que se ocupa en la división social del trabajo y la participación en las redes de sociabilidad y en los sistemas de protección que cubren a un individuo ante los riesgos de la existencia” (Castel, 1997: 15).

Así, el trabajo trasciende la dimensión salarial que garantiza la manutención familiar: supone un marco para el comportamiento cotidiano y los patrones de interacción, pues impone una rutina y una disciplina, una organización coherente del presente —un sistema de expectativas y objetivos concretos—. “El trabajo regular provee un ancla para los aspectos espaciales y temporales de la vida cotidiana. Determina dónde y cuándo vas a pasar tu jornada” (Wilson, 1987: 73). En su tratado sociológico, Giddens (2001) plantea que el trabajo posee las siguientes características: a) provee un salario que constituye el principal medio para

lograr la subsistencia; b) proporciona medios para adquirir y ejercitar conocimientos y capacidades; c) supone un acceso a contextos que contrastan con el ámbito cotidiano doméstico; d) estructura la temporalidad; e) genera contactos y posibilita participar en actividades sociales; f) aporta sentido a la identidad personal.

¿Cuál es la relación de quienes acuden a un basural como método de subsistencia con el mercado de empleo formal? Vale la pena destacar que los problemas laborales son tan significativos, que constituyen el principal factor señalado por estas personas como motivo de sus prácticas de recolección. Como veremos a continuación, el común denominador en la historia laboral de esta gente es haber contado con empleos no cualificados².

El informe del año 2000 es el único que indaga sobre los antecedentes laborales de los recolectores (Informe Municipal, 2000). Lo más frecuente son las ocupaciones informales con características de inestabilidad y precariedad: las tareas asociadas con la construcción, como la albañilería, son las más citadas —implican 22% de las respuestas—. No es casual que el segundo lugar lo ocupe 13% que afirma no tener experiencia laboral; allí se posicionan los menores de edad y las personas que toda su vida subsistieron mediante la economía informal —estas cifras serían mayores hoy en día, cuando la presencia de recolectores *históricos* parece ser más significativa—. Luego se mencionan actividades que coinciden en la falta de cualificación, tales como pintor o peón de campo. En el caso de las mujeres, el empleo doméstico es la respuesta más frecuente. En un contexto de desempleo, y aunque en un porcentaje menos significativo, en el informe del 2000 se detectan antecedentes laborales caracterizados por una mayor formalidad que no hallamos en el presente; las referencias apuntan a actividades ligadas con el sector petrolero —mecánicos, enganchadores, peones de boca de pozo— y el área pesquera —envasadores y fileteros—. Es de destacar una serie de cuestiones: en primer lugar, incluso en el caso de quienes tuvieron un empleo formal, el mismo casi siempre consistió en un trabajo no cualificado o de baja calificación. En segunda instancia, la precariedad

también afecta a este tipo de empleos, pues los contratos mayormente fueron mensuales o anuales; de tal manera, al cumplir el periodo estipulado el sujeto vivió una nueva fase de desempleo. Esta situación es especialmente significativa en sectores del mercado de trabajo como la construcción, la pesca y el petróleo. Por último, en ocasiones la persona aduce haber tenido un empleo formal, pero, al profundizar sobre este tema, constatamos que en realidad la vinculación con la empresa fue *en negro*, es decir, no necesariamente implicó la existencia de un contrato legal.

Las profesiones sin cualificación son las más afectadas frente a las fluctuaciones económicas. Es entre tales tipos de trabajos que se dan las tasas más altas de precariedad en lo que se refiere al nivel de salarios, la estacionalidad y el carácter cíclico de los empleos, la falta de un contrato que garantice los derechos o los niveles de accidentes laborales (Neffa, 2009). Así, cuando la persona consigue un empleo, la empresa cierra, reduce su plantilla, o el contrato es temporal y acaba a los pocos meses; del mismo modo, cuando la tasa de ganancia empresarial desciende, los trabajadores no cualificados son los primeros en ser despedidos (Kessler, 1996).

A pesar de este panorama de precariedad, en el trabajo de campo surgieron discursos donde los recolectores valoran positivamente dichos empleos tras compararlos con la recuperación de residuos. La mayor parte de estos relatos la protagonizaron quienes estaban insertos en el mercado de empleo en los momentos en que se realizó la entrevista. Al igual que observa Bourgois (2010), parecería que cuando el sujeto dispone de un empleo, dichas modalidades de trabajo son apreciadas; contrariamente, en etapas de desempleo se resaltan los aspectos negativos del mercado de empleo, mientras que la economía informal pasa a ser más estimada. En los discursos que valoran al trabajo formal, los informantes reconocen que el salario que perciben es mínimo, pero, simultáneamente, priorizan dos factores imposibles de obtener a partir de la economía informal: la previsibilidad monetaria y la cobertura de seguridad social para el conjunto familiar.

Tengamos presente que previsibilidad no significa estabilidad. El trabajo estable es algo que ninguna de estas personas cree posible obtener. Así y todo, por más precario que sea el empleo, la previsibilidad representa la posibilidad de calcular cuánto dinero se dispondrá a fin de mes, poder planificar mínimamente la economía familiar, así como la tranquilidad de saber que lo indispensable para sobrevivir está asegurado. Por el contrario, los recolectores señalan

² Las bajas cualificaciones laborales guardan relación con un déficit educativo y de formación profesional (Paugam, 2007). La mayoría de los recolectores no completaron el nivel primario de escolaridad; hay muchos casos de analfabetismo y ninguno de los informantes finalizó el colegio secundario.

la imprevisibilidad como un elemento característico del basural: determinados días se puede obtener el equivalente a \$200, una suma que ninguno de ellos ganaría en el mismo periodo de tiempo en un empleo, pero en otras ocasiones pueden volver a sus hogares con menos de \$10 en el bolsillo. La sensación de una vida regida por el azar es el factor que esta gente pretende exorcizar cuando reivindican los empleos precarios pero formales. En cuanto a la seguridad social, es significativo que ninguno haya hecho referencia al sistema jubilatorio —en un presente marcado por la escasez extrema, el futuro lejano no parece entrar en su gama de opciones—, sino que señalaron masivamente la necesidad de contar con un seguro médico que los cubra de los accidentes. Si bien los empleos no cualificados a los que acceden en coyunturas favorables representan un alto índice de siniestralidad, los mismos son insignificantes respecto de los problemas para la salud inherentes al basural —afecciones respiratorias, cortes o fracturas, etcétera—. Pero, por sobre todas las cosas, cuando se valora la seguridad social inherente a un empleo formal, el elemento priorizado es el acceso a un sistema de salud para sus hijos.

Sin embargo, la precariedad de los empleos que obtienen una y otra vez desdibuja la frontera conceptual que delimita la recolección del trabajo. Así, incluso cuando se encuentran insertos en el mercado de trabajo, es común que los fines de semana y de mes continúan buscando en el basural un ingreso extra que, sumado al salario, permita una mejor vida. Por otra parte, al solicitar a los informantes que calcularan la cifra de personas que subsisten del basural, en más de una respuesta se argumentó que “hay gente que hoy está trabajando pero que es del basural. Cuando el trabajo se acabe van a volver”; es decir, si bien en estos casos el vínculo con el vertedero se ha interrumpido temporalmente, se da por sentado que el mercado de empleo volverá a expulsarlos en un futuro, y entonces el basural será el sitio al cual acudirán nuevamente.

En definitiva, la historia de precariedad laboral implica que dichas personas entran y salen constantemente del mercado de trabajo, alternan temporadas de vulnerabilidad con otras de exclusión pura y dura (Castel, 1997), oscilan entre el empleo y el desempleo, y cuando consiguen un empleo ello no equivale necesariamente a fijarse en la formalidad. Consecuentemente, la distinción entre un trabajo formal y otro informal no es tan clara. La reincidencia en las prácticas de recolección de residuos guarda relación con las características de los empleos que consiguen. Como sostiene Wacquant: “el carácter mismo de la relación

salarial cambió en las dos últimas décadas de una manera tal que ya no otorga una protección a toda prueba contra la amenaza de pobreza” (2001: 174). Con los recolectores ocurre lo mismo que observa Martínez Veiga (2004) en muchos inmigrantes sin papeles: tanto el empleo como el desempleo duran poco; la inestabilidad laboral, sumada a la insuficiencia de los sistemas estatales de ayuda, conduce a frecuentes recaídas en la pobreza absoluta. Por consiguiente, y debido a que la mayoría de estas personas se encuentran actualmente distanciadas del mercado laboral, debemos preguntarnos cómo el sentido que le otorgan al trabajo es resignificado en un contexto de desempleo.

La relación de los recolectores de residuos con el desempleo

En la literatura sociológica se suele destacar la sensación de vacío que genera el desempleo (Paugam, 2007): el empleo proporciona identidad y dignidad social, hace sentir útil a la persona. El sujeto vive la ansiedad frente a un futuro incierto, llega a dudar de sus propias capacidades, no sabe qué hacer con su tiempo libre —factor que se acentúa cuando no tiene dinero para dedicarse al ocio—. Debido a que el empleo estructura la cotidianidad de las personas, ante la ausencia de un empleo regular “la vida, incluida la familiar, se convierte en menos coherente. El desempleo persistente e irregular entorpece la planificación racional diaria” (Wilson, 1987: 73).

Como sostiene Weber (2006), para la mentalidad burguesa propia de la modernidad dilapidar el tiempo es sinónimo de pecado. Así, los impulsos individuales de lucro, basados en la racionalidad y obtenidos gracias a la propia capacidad e iniciativa, son dignos de elogio. Tal lógica supone una valoración positiva de la acción en sí misma, la cual conlleva a descalificar la pasividad. La contemplación, el ocio, la inacción, son repudiables, y ello tiene consecuencias nefastas para quienes se encuentran en una situación de desempleo.

Siguiendo a Goffman (2001), los estigmas se definen como atributos socialmente desacreditantes, manchas en la propia identidad que descalifican a los sujetos e impiden una plena aceptación, un conjunto de percepciones negativas que generan rechazo y distancia social. Aquí se destaca una forma de estigma asociado con el desempleo: el que identifica a estos grupos con la pasividad. No casualmente a lo largo de la historia los gobiernos condicionaron el socorro en función de *la capacidad de trabajar*, diseccionando

así a las poblaciones más desfavorecidas según un criterio de *pobres dignos o indignos*. Los primeros eran aquellos que merecían ayuda, pues problemas físicos o psicológicos les impedían ganarse el sustento por sus propios medios. Por el contrario, los pobres indignos eran considerados como *pícaros, vagos alérgicos al esfuerzo* que, estando en condiciones de ser empleados, preferían subsistir gracias a la caridad. Quienes eran calificados de tal manera merecían el repudio social y, por consiguiente, no debían recibir ningún tipo de auxilio (Monreal Requena, 1996). Las imágenes de los excluidos como seres dominados por la pereza responden a una ideología que ubica en las víctimas las causas de sus propios males, exculpando así al conjunto social. A partir de entonces, el desempleado quedaría marcado por la inutilidad social: no contribuye en nada a la sociedad —por el contrario, es una carga para la misma— y su situación no respondería a causas sociales sino a sus propias carencias personales. De tal manera, estar desempleado conlleva el riesgo de quedar encerrado en la identidad negativa socialmente atribuida. La sociedad se rige por determinados preceptos —el propio esfuerzo, la disciplina y dedicación, etcétera—, los cuales el desempleado puede compartir pero no se encuentra en condiciones de cumplir.

Al indagar sobre las consecuencias del desempleo desde el punto de vista de los actores, se detectan ciertas diferencias entre aquellos recolectores que tuvieron un empleo y lo perdieron, y quienes nunca estuvieron conectados con el mercado de empleo. Para este último grupo el basural representa el modo tradicional de lograr la subsistencia, por lo cual no perciben su situación en términos de desempleo, sino que asignan a la recolección y al trabajo un mismo valor. Por el contrario, en determinados pasajes de los relatos del primer grupo, el desempleo se asocia con la sensación de lo perdido, con la añoranza de una inserción en el mercado de trabajo. Hasta la obtención de un nuevo empleo, o por lo menos de una *chamba* temporal, la sensación de inutilidad y la desesperación ante la falta de recursos, se hacen presentes en sus discursos.

No obstante, es preciso realizar una aclaración válida para ambos grupos. En segmentos poblacionales que están tan acostumbrados a la precariedad, como es el caso de los recolectores informales de residuos, las fases de empleo, desempleo y economía informal no siempre son claramente identificables. La vida de esta gente suele oscilar entre tales alternativas. Al instaurarse una etapa de desempleo, lo más común es que inmediatamente busquen otras opciones donde la recolección de residuos ocupa

un lugar central. Por consiguiente, y tal como veremos en el próximo apartado, el desempleo y el estigma de la pasividad que el mismo conlleva suelen ser mitigados por las distintas modalidades de economía informal, sin que necesariamente suponga un factor tan desestructurante para la identidad.

Por último, uno de los elementos más destacados como fuente de pesar y producto del desempleo consiste en carecer de ingresos. Este factor trasciende la subsistencia material. Según Bauman, asistimos a un cambio de época en el que una sociedad basada en la producción y la ética del trabajo está dando paso a otra que se sustenta principalmente en patrones estéticos ligados al consumo. Esta serie de transformaciones generan nuevas formas de percibir la pobreza y el desempleo, alteran la manera en que concebimos la estratificación social.

Una cosa es ser un pobre en una comunidad de productores con trabajo para todos; otra, totalmente diferente, es serlo en una sociedad de consumidores cuyos proyectos de vida se construyen sobre las opciones de consumo y no sobre el trabajo, la capacidad profesional o el empleo disponible (2003: 11).

Muchos de los lamentos de los recolectores apuntan a sentirse distantes de una supuesta *normalidad* que se construye a partir de una serie de imágenes sociales ligadas con el consumo. No obstante, estas personas reconocen que la dificultad para acceder a un consumo que aporte un sentido de *inclusión y normalidad* se extiende a los empleos precarios y con salarios mínimos a los que están habituados.

La relación de los recolectores de residuos con la economía informal

Al dar por sentado que nos encontramos frente a sujetos dominados por la apatía, los estereotipos ligados al desempleo son incapaces de detectar toda una serie de prácticas sociales que constituyen la principal forma de subsistencia material y psicológica de quienes son clasificados como *excluidos*. Las asociaciones entre *los excluidos* y la pasividad remiten a una concepción estrecha del empleo que cierra los ojos ante las formas de trabajo no reconocidas por los niveles normativos. Solemos pensar que el trabajo equivale a un intercambio reglamentado, a un empleo remunerado donde el salario, el tiempo y el lugar se estipulan de ante-

mano a partir de un contrato legal. Estas definiciones restringidas silencian diversas formas de explotación, mientras que cientos de actividades productivas no se ajustan a la acepción ortodoxa de empleo remunerado. La economía formal no logra captar la realidad social que cae fuera del sistema de mercado formador de precios (Portes, 1995). Estas actividades surgen como consecuencia de la incapacidad del Estado y del mercado para generar empleo o para incorporar a los sujetos en las cadenas de producción legalmente reconocidas —la *incapacidad* también puede ser interpretada como una ambición desmedida por obtener ganancias, ahorrándose el pago de los correspondientes aportes sociales—. Las versiones oficiales y acotadas de qué es un empleo fomentan la marginalidad de quienes recurren a la economía informal como último medio de subsistencia (Castells y Portes, 1990)³.

Por consiguiente, distanciarse del mercado formal de empleo no es sinónimo de vagancia. La habilidad de los recolectores para conseguir los recursos que les permiten subsistir sugiere una fortaleza que contrasta con las imágenes que catalogan a *los excluidos* como unos holgazanes. Estas tareas implican dedicación, tiempo, energía. Se trata de tácticas de subsistencia compensatorias que se desarrollan en las sombras del trabajo convencional debido a la exclusión de los mercados de trabajo. Pese a la falta de reconocimiento legal, los recolectores suelen concebir a sus actividades en el basural como un *laburo*. Por un lado, si un trabajo supone un ingreso monetario producto del propio esfuerzo con el cual mantener económicamente a la familia, entonces los recolectores afirman rotundamente que su actividad debe ser definida de tal modo. Por el otro, el trabajo ordena y estructura la cotidianidad, representa un ámbito que arraiga al sujeto en un espacio social concreto, otorga un sentido identitario de pertenencia. Buena parte de la sociabilidad diaria de los sujetos se desarrolla donde

pasan la mayor parte de su vida, en el ámbito laboral (Rowe y Wolch, 1990); en el caso de los recolectores, muchos de sus contactos cotidianos ocurren en el contexto del basural. Si la recolección suele ser identificada como un trabajo por parte de los recolectores, ello es consecuencia de la repetición de las prácticas en un mismo espacio: la rutina en el basural limita la interacción social a dicho escenario y moldea la percepción generando una sensación de continuidad espacio-temporal en los recorridos cotidianos.

Teniendo presente cómo la racionalidad de sus elecciones se organiza en función de un contexto social limitado, comprendemos por qué muchas de estas personas afirman preferir las actividades de recolección antes que los empleos para ellos disponibles. La economía informal responde a un cálculo donde se combinan variables de muy diverso talante (Castells y Portes, 1990): ingresos, costos y beneficios —tanto materiales como emocionales—, asociados con las múltiples maneras de ganarse la vida. Lo más común es que la persona no se incline por una única opción, sino que alterne diferentes tácticas en función de la coyuntura. Así el trabajo temporal y *en negro* suele complementarse con alguna modalidad de ayuda social oficial (Aimetta y Santa María, 2007)⁴, las *chambas* ocasionales con la recolección de residuos, etcétera. Además, la economía informal representa una serie de ventajas para los recuperadores respecto de los empleos precarios a los que están acostumbrados: para quienes poseen antecedentes penales y/o son analfabetos, el basural otorga posibilidades que son negadas por el mercado formal de empleo; conseguir dinero en efectivo en el día en vez de aceptar un pago diferido; para quienes padecen de altas tasas de ingesta alcohólica, la recolección permite sortear la difícil adaptación a una disciplina laboral, pues permite beber mientras se realizan las actividades de subsistencia, etcétera. A su vez, la recolección conlleva la

³ La economía informal se manifiesta tanto en los países más desarrollados como en las naciones más pobres. Posee una lógica de acumulación similar a la economía formal; las diferencias entre una y otra residen en las distintas maneras en que se articulan el trabajo, el capital y el Estado. No existe una dualidad neta que delimite el sector formal del informal, sino una serie de interacciones complejas entre el Estado y la economía. El Estado protege y regula al sector formal, mientras que con la economía informal su relación es más ambigua: a veces la persigue y en otras ocasiones opta por aliviar las tensiones sociales *mirando hacia otro lado*. Debido a que es la intervención estatal la que define una y otra forma de economía, las características del sector informal varían de acuerdo con los contextos históricos (Castells y Portes, 1990).

⁴ Las ayudas gubernamentales son muy reducidas, motivo por el cual no permiten escapar del círculo de precariedad. No obstante, son valoradas como la única forma de obtener un ingreso estable —sin depender de las oscilaciones del mercado de trabajo— e implican la previsibilidad de saber que se cuenta con una suma que alcanza para comprar los productos más básicos de la dieta familiar: fideos y arroz. Tal es así que algunos recuperadores comentaron que no buscan más trabajo debido a que, cada vez que consiguen un empleo, está mal pagado, dura poco y significa desprenderse de los planes de ayuda social: más allá del salario que se perciba, el empleo formal es incompatible con las ayudas sociales. Por problemas burocráticos, la renovación de tales ayudas implica esperar varios meses; por consiguiente, ante un nuevo periodo de desempleo la familia de los recuperadores se ve forzada a afrontar las peores dificultades: vivir sin un salario y sin la ayuda social (Aimetta y Santa María, 2007).

conformación de distintas redes económicas, las cuales exceden el límite territorial del basural⁵.

Cuando la persona busca preservar su identidad es común que resalte un distanciamiento respecto de los antiguos empleos; más aún, llega a valorizar la actual identidad en contraposición a un pasado laboral que define en términos de explotación. Claro que la celebración de las actividades informales de subsistencia suele ser posterior a la experiencia de no haber sido aceptado en el mercado de empleo (Bourgeois, 2010). No todos los trabajos dignifican; ese mito parece haber sido erradicado en la mente de muchos de estos sujetos.

Quienes tuvieron un empleo frecuentemente evocan pasados de desempleo o de explotación en el marco del trabajo, recuerdos que son mitigados en un presente caracterizado por la recolección de residuos. En tal sentido, el primer punto destacado por los informantes se liga con la valorización positiva de la propia agencia. Hasta tal punto que en sus relatos el objeto *basura* se convierte en un verbo; entonces es posible escuchar frases como la siguiente: “yo voy a basurear desde chiquita”. Si la sociedad prescribe la acción productiva, la economía informal es la modalidad adoptada por los desempleados para subsistir y amoldarse a dicho mandato. Es entonces cuando el informante menciona la importancia de sentirse útil. En segunda instancia, al destacar los aspectos positivos de la recuperación de residuos, surgen cuestiones como una cierta dosis de creatividad en sus actividades: es común que improvisen herramientas con los materiales que recuperan, las cuales posteriormente utilizan para rescatar el cobre del interior de un antiguo electrodoméstico; han construido buena parte de sus hogares dando forma a los materiales que fueron recuperando, etcétera. En una entrevista, un informante recordaba del siguiente modo las horas de tedio vividas en su anterior empleo como sereno (vigilante) de una empresa: “no pasaba nada, nada de nada. Por 2000 pesos... no valía la pena. Me aburrí y me volví al basural”. Por el contrario, el día laboral en el basural representa mayores sorpresas y desafíos. Caminar

⁵ La comida recolectada es vendida a criaderos de cerdos y vecinos del barrio; la ropa es posteriormente remendada y vendida en ferias informales que se realizan en los barrios periféricos de la ciudad; algunos disponen de vehículos y obtienen ingresos adicionales, cobrando el traslado de los materiales recuperados por otros recolectores hasta los depósitos de venta, etcétera.

sobre una montaña de escombros buscando un objeto digno de ser reciclado o colgarse de un camión para recuperar una bolsa repleta de alimentos, son actividades que un observador externo no dudaría en calificar como *exclusión social*; en cambio, el recolector puede valorar dichas prácticas en contraposición a un pasado laboral dominado por el tedio y la rutina.

Otro aspecto resaltado en sus discursos es el orgullo de ser autónomos. Pese a las enormes adversidades, el sujeto recuerda que la subsistencia del núcleo familiar es mérito de su esfuerzo personal y que son seres independientes que no esperan pasivamente la asistencia social⁶. Asimismo, abundan las referencias a la dificultad por adaptarse al *mando de un patrón*; el basural adquiere su dimensión más positiva cuando se destaca la ausencia de un jefe déspota y maltratador. Es entonces cuando concatenan frases como “yo me las arreglo sólo”, con otras donde se destaca con satisfacción que “a mí nadie me dice lo que tengo que hacer”. En el basural el recolector depende de sí mismo, toma las decisiones respecto a cómo desempeñar sus tareas. Que no exista la figura del jefe da cuenta de una ventaja de esta forma de economía informal respecto de un trabajo convencional: la sensación de subordinación es atenuada, no hay sujeción ni formas clásicas de explotación.

Asimismo, los informantes coinciden en resaltar otro factor clave en el proceso de valorización de las prácticas de recuperación de residuos: controlar los propios horarios. En contraposición a lo que ocurre en el mundo del empleo, el tiempo es una dimensión que el sujeto siente que ha logrado dominar. El recolector es *dueño* de su propio tiempo, decide las horas que trabajará, los días que asistirá al basural, a qué hora se despertará e incluso el propio

⁶ Las identidades y el concepto de trabajo guardan relación con las actividades que los recolectores ejecutan, pero también con los actores con los que interactúan, ocupando el Estado un rol central. En Comodoro Rivadavia, cuando estas personas resaltan su agencia menospreciando la asistencia estatal, su discurso se construye con relación a un otro identificado con los *piqueteros*. Es común que los recolectores busquen legitimar su actividad en oposición a los *piqueteros*, alegando no estar dispuestos a ganarse la vida a partir de una protesta social que reclama asistencia al gobierno en turno. En tal sentido, “no queremos nada del Estado” o “nos ganamos la vida por nuestros propios medios”, son frases recurrentes. Desde ya el trabajo de campo detecta las contradicciones entre lo dicho y lo hecho —las cuales guardan relación con un sentido de dignidad personal que se articula en torno al principio de autonomía, guardando distancia de la asistencia social—, pues la mayoría de los recolectores tiene acceso a determinadas ayudas sociales.

ritmo de trabajo. La ausencia de un jefe y de un horario laboral rígido genera una sensación de *libertad* que contrasta con los empleos convencionales caracterizados por la disciplina laboral. Tras permanecer horas en el vertedero, el investigador observa cómo las prácticas de recolección alternan una intensa actividad laboral en cortos lapsos de tiempo —cuando llegan determinados camiones procedentes de ciertas industrias o supermercados— con otros largos periodos de inacción. En los momentos de inactividad los recolectores se agrupan y conversan entre sí, confirmando la sensación de que el basural es un ámbito menos opresivo que un trabajo convencional⁷.

Por consiguiente, y por más paradójico que resulte, frecuentemente la recolección en un basural adquiere una dimensión más humana respecto de los empleos no cualificados disponibles para estos segmentos poblacionales.

El sentido del trabajo vuelve a resignificarse

En la etnografía se detectaron otros sentidos asociados al trabajo, los cuales trascienden la lógica propuesta anteriormente en términos de etapas de empleo, desempleo y economía informal.

En primer lugar, la noción de estigma mostró ser relevante en cuanto a las resignificaciones del trabajo en función del tiempo de estadía en el basural. Para quienes el vertedero se liga con una socialización familiar temprana, ni dicho sitio ni las prácticas de recolección se identifican con una situación de estigmatización social. Como se sostuvo anteriormente, en su mentalidad el trabajo y la recolección no son escindibles. Si el recolector menciona haberse sentido discriminado se refiere abstractamente a la sociedad en su conjunto o específicamente a los potenciales dadores de empleo, no así a los vecinos del barrio, amigos o familiares. De tal modo, estas personas no precisan establecer acciones reparadoras, pues el *sentido de normalidad* se encuentra directamente ligado con el vertedero en tanto espacio

físico y social. Por el contrario, en quienes ingresaron al predio municipal como consecuencia de una situación de desempleo, el estigma surge de forma espontánea en los relatos y no tras las preguntas directas formuladas por el investigador, así como obliga al sujeto a elaborar discursos alternativos que permitan reencauzar un sentido de normalidad. En sus relatos el punto de inflexión no se sitúa en la situación de desempleo o en la economía informal, pues en sus vidas laborales la alternancia entre las etapas de desempleo y de subsistencia mediante diversas *chambas* ha sido una constante; por el contrario, el verdadero quiebre se asocia con el estigma que supone entrar en contacto con lo que la sociedad califica como *inmundicia*. Es entonces, y con relación al proceso de estigmatización social, cuando la recolección se distancia del trabajo y tiende a ser definida como un *rebusque* temporal —una forma de *buscarse la vida*, una práctica transitoria de subsistencia—.

La *suciedad* emerge como un criterio fundamental en la conformación de un sentido de normalidad, y ello es así pues los sistemas culturales de orden y limpieza prefijan localizaciones espaciales concretas, a partir de las cuales las prácticas y los elementos son tildados como correctos o no (Douglas, 1977). De tal manera, verificamos un sentimiento de distancia simbólica que aleja al sujeto del conjunto social y que sería consecuencia de relacionarse con espacios y objetos *inapropiados*: el contacto con la basura, en tanto elemento que sintetiza aquello que es rechazado por la sociedad de consumo, lo convierte en un virtual intocable, en un agente cuya proximidad es percibida como una amenaza (Goffman, 2001). Sólo así se comprenden las recurrentes frases enunciadas al investigador, donde los informantes resaltan las prácticas de aseo personal tras finalizar la jornada laboral. Asimismo, el ingerir *basura* representó un quiebre en sus discursos; entonces, los relatos se organizaron mediante términos como *náusea* o *asco*, y apuntaron a la toma de conciencia de “lo bajo que se había caído” cuando por primera vez se tuvo que alimentar a los hijos con desperdicios. Es en tales etapas cuando el trabajo y la recolección de residuos resultan irreconciliables. Sin embargo, con el paso del tiempo y a medida que la presencia en el basural se vuelve rutinaria, los recolectores encuentran modos de restituir un sentido de normalidad en el contexto de penurias. Entonces una vez más el trabajo se constituye en una variable fundamental. Y en este punto coinciden todos los recolectores, más allá del tiempo de estadía en el basural: el sentimiento de vergüenza es exorcizado al identificar la propia actividad con el trabajo, privilegiando

⁷ La intensidad del ritmo de trabajo y la aparente desidia guardan relación con la lógica inherente a la economía informal. Es decir, la economía informal apunta a garantizar el sustento familiar antes que a maximizar las ganancias (Neffa, 2009: 13). Si intensificando el ritmo de trabajo no se lograra superar la situación de precariedad, entonces el sujeto suele conformarse cuando obtiene una suma con la cual cubrir los gastos diarios de la unidad doméstica. Recordando dicha máxima, podemos comprender por qué en ocasiones, tras un golpe de suerte, un recolector retorna a su hogar luego de unas pocas horas de permanencia en el basural.

una postura moral en contraposición al delito (Perelman, 2007). Es decir, destacando la adhesión a las normas sociales hegemónicas, el informante alega que “vergüenza sería robar” y “nosotros no robamos a nadie. Nos ganamos la vida sin hacer daño a nadie”.

En segundo lugar, en el proceso etnográfico se corroboró una cuestión planteada en otros estudios: los recolectores no sólo generan trabajo donde no lo hay (Schamber, 2008), sino que es su trabajo el que transforma un residuo en material que recupera un precio y que vuelve a ser aprovechable, el que inserta en un nuevo régimen de valor a un desperdicio cuyo destino era el enterramiento (Carenzo, 2011). Más aún: en las representaciones de estas personas el trabajo otorga derechos. Así, en el basural observamos cómo los recolectores se cuelgan de un camión en movimiento y seleccionan elementos que van arrojando a un costado de la ruta; nadie recoge dichos objetos, pues todos reconocen el derecho de quien se tomó el trabajo de recuperarlos. Del mismo modo, ciertos espacios del vertedero han sido apropiados por quienes allí montaron sus campamentos; el esfuerzo por modificar el sitio para personalizarlo, junto con el uso prolongado en el tiempo, otorga un privilegio sobre dicha porción del territorio.

Por otra parte, en ocasiones su cuerpo se constituye en el vehículo que testimonia que las actividades realizadas son un *trabajo sacrificado*. Sus tareas implican la capacidad de identificar, clasificar y acondicionar un objeto, lo cual supone el contacto corporal, escarbar en una montaña de basura. En tal sentido, recuerdo una jornada donde un grupo de recolectores se dedicó a enseñar las marcas que cada uno de ellos tenía en sus manos, resultado del trabajo manual cotidiano, riéndose a su vez de las manos de quien pretendía entrevistarlos.

Tras indagar en la sociabilidad en el interior del vertedero, el trabajo vuelve a emerger como un vector clave. Así, surgieron respuestas donde se destacaba que “al basural yo voy a trabajar, no a hacer amigos” o “el basural es como una empresa. Vamos únicamente a buscar lo que encontramos, lo que sabemos que vale algo. Yo no busco amistad. Yo busco el trabajo”. Es cierto que en el basural la actitud más común consiste en realizar las tareas de subsistencia sin cooperar con otros recolectores; no obstante, ello no niega la conformación de grupos en función de ciertas afinidades: la edad, un problema común de altas tasas de ingesta alcohólica, etcétera. A su vez, la unidad doméstica suele involucrarse conjuntamente en las prácticas de recolección, pues éstas representan una táctica de subsistencia familiar —es posible

observar la presencia de cónyuges con sus respectivos hijos, los cuales se encuentran en el vertedero con primos y tíos, etcétera—. Es decir, el basural equivale a un espacio de sociabilidad, cuestión que refuerza la valorización positiva ya no sólo de las prácticas de recolección, sino incluso del territorio en sí mismo.

Por último, en el proceso etnográfico se abordó una nueva resignificación de la noción de trabajo, en función del plan de clausura del basural y de las expectativas de cara al futuro de los recolectores. Los relatos que hasta entonces remarcaban la fragmentación de las tareas y las prácticas individuales dan un giro hacia la conformación de un sentido del *nosotros* que resistirá al cierre y reclamará por fuentes de trabajo. Sólo quienes poseen una edad avanzada y sienten que no pueden afrontar la disciplina inherente a un trabajo convencional argumentan que solicitarán un subsidio; el resto coincide en sus aspiraciones de que el Estado les proporcione un empleo. Aquí se verifica lo planteado desde la sociología clásica, donde el trabajo —en este caso entendido como sinónimo de las prácticas de recolección— es interpretado como un factor que posibilita la constitución de identidades colectivas.

Cuando se interroga al informante si estaría dispuesto a ingresar en la futura planta de reciclaje, las respuestas son masivamente afirmativas. Frente a dicha posibilidad, los recolectores coincidieron en plantear una única condición: que el salario no sea menor al ingreso que obtienen gracias al basural. Tras dichos argumentos subyacen dos cuestiones que deben ser analizadas. En primera instancia, muchos recolectores sostienen que ganan más dinero vendiendo los metales recuperados respecto de los ingresos que perciben mediante los empleos para ellos disponibles. En tales pasajes de sus relatos, y en oposición al mercado de trabajo, el basural llega a ser descrito como un espacio de ascenso social. Entonces la percepción del investigador contrasta con el punto de vista de los nativos: si el primero concluye que el vertedero supone una posibilidad de subsistir cotidianamente que no sacará a nadie de la situación de pobreza, el recolector en cambio remarca que “gracias al basural mis hijos comen y se visten todos los días. Les doy los gustos con la plata que saco de acá, les compro las zapatillas que me piden”, o señala una camioneta un tanto desvencijada diciéndome: “mirá lo que pude comprar gracias al basural”. En segundo lugar, y en relación directa con lo planteado anteriormente, las respuestas apuntan a la desconfianza en cuanto a que la oferta estatal consista en un *plan trabajar* y no en un empleo genuino. La experiencia

les ha enseñado que, cuando existieron, las ayudas sociales en el plano laboral se limitaron a un placebo del empleo que supuso un ingreso económico indigno –200 pesos, por cuatro horas de *trabajo*– con contraprestaciones ridículas, como permanecer la mitad de la jornada re-presentando la farsa de participar de un taller en el cual pasan las horas sin hacer nada. Así, la dignidad del trabajo se estructura en torno a un ingreso salarial *decente* y a un sentimiento de utilidad social, cuestiones que entienden que son imposibles de satisfacer mediante un *plan trabajar*. Como sostuvo un informante en una entrevista, “si es para perder el tiempo por 200 pesos... no vale la pena entrar en la planta”.

En cuanto a las expectativas de futuro, uno de los ejes abordados en el proceso etnográfico fue su visión de un empleo ideal. En concreto, en las entrevistas formulaba el siguiente interrogante: “si pudiese elegir, ¿qué tipo de trabajo le gustaría tener?”. Significativamente, las respuestas fueron unánimes y se articularon en torno a frases del tipo “desearía un trabajo donde gane bien” o “un empleo con un sueldo digno”. Sólo dos informantes aludieron a un empleo concreto, y en ambos casos lo hicieron refiriéndose a algún oficio que no supone mayores cualificaciones; en las dos ocasiones se trató de mujeres: una mencionó el deseo de ser cocinera y la otra de ser peluquera. Parecería que en grupos sociales tan postergados la exclusión hace mella en sus expectativas, en cómo la capacidad de imaginar o soñar un futuro promisorio se reduce a un mínimo. No hay espacio para fantasear, pues la realidad siempre contradice los deseos; las respuestas apuntan a satisfacer las necesidades más acuciantes.

Por consiguiente, el programa provincial de clausura de los basurales a cielo abierto conlleva una amenaza múltiple para estas personas. Aquí el vertedero se distancia nuevamente del trabajo, llegando incluso a superarlo en cuanto a valoración. Ello es así, pues su desaparición es más grave que la pérdida de un empleo; como se indica en el título del artículo, la experiencia indica que del mundo del empleo se entra y se sale constantemente, mientras que el basural representa, en palabras de un informante clave, la “tranquilidad de saber que siempre está ahí”. Por un lado, la futura clausura supone la disrupción de un sentido de normalidad que se ha espacializado en el vertedero. Por el otro, el cierre no puede equipararse, sino que trasciende la situación de desempleo: para quien carece de cualificaciones, es analfabeto o analfabeto funcional, posee

antecedentes penales y/o problemas de salud, el basural es el único sitio de empleabilidad y su cierre representa la disolución del último reducto que aporta cierto sentido de seguridad.

Conclusión

La investigación constató que los significados del trabajo se encuentran en permanente redefinición en función de las diversas experiencias laborales de los recolectores informales de residuos. En estos grupos los límites entre el empleo, la economía informal y el desempleo son muy difusos, y ello parece ser consecuencia de que la precariedad es el denominador común en sus vidas laborales. En poblaciones tan relegadas no hay grandes diferencias entre tener o no tener un empleo –siempre y cuando exista la posibilidad de subsistir mediante la economía informal–; en última instancia, ambas coyunturas suponen verse limitado a lo más básico.

En cuanto a las etapas de conexión con el mercado de trabajo, queda claro que no necesariamente implican la obtención de un empleo formal. Y aun cuando consiguen este tipo de inserción laboral, la misma se caracteriza por la precariedad e inestabilidad propia de los trabajos sin cualificaciones. No obstante, en las oportunidades donde el empleo es apreciado respecto de la recolección de residuos, los recuperadores argumentan que si bien la precariedad persiste con la formalidad, ésta supone un mínimo de previsibilidad y cobertura social.

La literatura sociológica suele retratar al desempleo como un factor desestructurante que impregna con el estigma de la pasividad e inutilidad social a los sujetos. La antigüedad de la vinculación con el vertedero genera diferencias considerables: quienes llevan años en el basural tienden a identificar a la recolección con un trabajo; en sus discursos el estigma no es un factor relevante. Por el contrario, quienes llevan menos tiempo subsistiendo mediante la recolección de residuos suelen destacar un quiebre en sus vidas, y entonces el trabajo se separa de las prácticas de recolección. Ahora bien, dicho punto de inflexión no se estructura en torno al desempleo, a la distancia respecto del mundo del trabajo, sino en relación con el estigma ligado a entrar en contacto con lo que la sociedad califica como *basura*. Ello es así, pues la economía informal ha sido un método de subsistencia constante a lo largo de sus vidas, fundamental en las fases de desempleo.

De tal modo, la dimensión desestabilizadora del desempleo suele ser mitigada por el ingenio y esfuerzo del sujeto, gracias a diversas modalidades de economía informal. Si ampliamos el sentido del trabajo en vez de restringirlo al empleo, constatamos que la recolección es definida por los informantes como sinónimo de trabajo, pues: a) dicha práctica garantiza la manutención familiar; b) representa la repetición de una rutina en un mismo espacio; c) conlleva la conformación de redes; d) aporta un sentido de *normalidad*. Con el paso del tiempo, incluso quienes cuentan con un empleo formal terminan *naturalizando* sus prácticas en el vertedero; cuando esto sucede, dichas personas plantean una relación de semejanza entre la recolección y el trabajo, ya que, en oposición a las actividades delictivas, supone la dignidad de ganarse la vida *legalmente*. Más aún, los relatos comienzan entonces a demarcar y valorar positivamente la recolección respecto del empleo: singularizando al trabajo en función de los empleos para ellos disponibles, las ventajas de subsistir mediante el basural se identifican con eludir la subordinación, disponer del tiempo y del ritmo de trabajo, etcétera. El estigma continúa presente en sus discursos, pero en términos de una incapacidad de acceder a un estándar de consumo que supuestamente aportaría un sentimiento de normalidad o inclusión social; sin embargo, esta última afirmación es válida para cualquiera de sus modalidades de subsistencia, ya sea que se trate de un empleo o de las diversas maneras en que se materializa la economía informal.

También se consideró cómo la noción de trabajo se resignifica en función de una coyuntura marcada por el plan provincial de clausura de los basurales a cielo abierto. Ante una situación que es descrita como *pérdida de las fuentes de trabajo*, por primera vez aflora un sentido de pertenencia colectiva. Cuando imaginan el posible ingreso a la planta de tratamiento de residuos, la única condición que ponen es percibir un *ingreso digno* y no *un plan trabajar*. En tales momentos se interpreta al basural como un espacio de ascenso social, en oposición al mercado convencional de trabajo, y se destaca la necesidad de un trabajo que satisfaga la sensación de utilidad social, cuestión que los subsidios encubiertos, como los *planes trabajar*, no logran cumplir. Asimismo, ante la pregunta: “si pudieras elegir, ¿de qué te gustaría trabajar?”, las respuestas nuevamente apuntan a *ganar bien*; cuando las biografías laborales se encuentran tan marcadas por las penurias económicas, aparentemente la posibilidad de fantasear con dimensiones del trabajo

que exceden lo monetario quedan obturadas. Finalmente, tras solicitar que imaginen el futuro cierre del basural, las prácticas de recolección y el espacio físico adquieren una magnitud superior al trabajo. En tanto empleo, el trabajo va y viene, mientras que el basural singulariza un espacio de tranquilidad: es el sitio que garantiza la subsistencia en etapas de desempleo; es la seguridad para quien dispone de un empleo pero cuenta con una experiencia vital donde los empleos nunca fueron duraderos; es el ámbito en el cual complementar los magros ingresos propios de los empleos no cualificados.

En definitiva, el trabajo reservado a estos grupos es sinónimo de empleo precario, *en negro* o con contrato pero temporal y mal pagado. En la vida de estas personas se verifica la fórmula planteada por Stewart (en Bayón y Saraví, 2006): *lowpay, no paycycle*; la misma refiere a un espiral de precariedad donde los recurrentes periodos de desempleo se alternan con empleos precarios marcados por los bajos salarios que apenas alcanzan para la reproducción de la unidad doméstica. Ya sea en su fase de inserción en el mercado de empleo o en la etapa de manutención mediante la economía informal, el trabajo continúa presentándose como un gran estructurador en la vida de estos sujetos. Los recolectores poseen una ética del trabajo, no es el trabajador sino las condiciones de empleo las que amenazan tal ética. Pero el mercado de trabajo no deja resquicios para esta gente, y los espacios disponibles son tan denigrantes que no permiten una subsistencia digna. El meollo de la cuestión pasa entonces por cómo opera el mercado de trabajo con los empleos no cualificados. Los múltiples sentidos del trabajo aquí analizados remiten a la contradicción que deben afrontar estas personas, donde la antigua ética del trabajo continúa vigente, pero sus cualidades ya no encuentran expresión en la vida laboral (Sennett, 2000). Es decir, si bien el trabajo continúa siendo el soporte básico de la dignidad y la ciudadanía, su función de integración social está siendo cuestionada (Castel, 1997).

Referencias

- Aimetta, C. y Santa María, J. (2007). “Sobre las estrategias laborales: las huellas de la precariedad en el mundo del trabajo”. En Eguía, A. y Ortale, S. (Comps.), *Los significados de la pobreza* (35-48). Buenos Aires: Biblos.
- Bauman, Z. (2003). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.

- Bayón, M. C. y Saraví, G. (2006). "De la acumulación de desventajas a la fractura social. Nueva pobreza estructural en Buenos Aires". En Saraví, G. (Ed.), *De la pobreza a la exclusión. Continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina* (55-46). Buenos Aires: Prometeo.
- Bourgois, P. (2010). *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Carenzo, S. (2011). "Desfetichizar para producir valor, refetichizar para producir el colectivo: cultura material en una cooperativa de cartoneros del Gran Buenos Aires". *Horizontes Antropológicos*, 17 (36 Jul-Dez), 15-42.
- Castel, R. (1997). *La metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires: Paidós.
- Castells, M. y Portes, A. (1990). "El mundo sumergido: los orígenes, la dinámica y los efectos de la economía informal". En Portes, A. (Comp.), *La economía informal en los países desarrollados y menos avanzados* (21-48). Buenos Aires: Planeta.
- Cicciari, M. R. (1999). "Evolución económica del complejo petrolero de la cuenca del golfo de San Jorge en un contexto de cambio estructural. El mercado laboral de Comodoro Rivadavia, 1985-1997". En Salvia, A. (Comp.), *La Patagonia de los noventa. Sectores que ganan, sociedades que pierden* (75-98). Buenos Aires: La Colmena.
- Douglas, M. (1977). *Pureza y peligro*. Madrid: Siglo XXI.
- Giddens, A. (2001). *Sociología*. Madrid: Alianza.
- Goffman, E. (2001). *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Informe IATASA (2010). "Plan de gestión integral de los residuos sólidos urbanos para el Municipio de Comodoro Rivadavia". Provincia de Chubut. Secretaría de Planificación y Desarrollo Urbano.
- Informes Municipales (2000, 2007 y 2010). *Encuestas sociales realizadas a trabajadores informales del basural*. Municipalidad de Comodoro Rivadavia. Secretaría de Planificación y Desarrollo Urbano. Dirección General de Investigación y Control de Gestión.
- Kessler, G. (1996). "Algunas implicancias de la experiencia de desocupación para el individuo y su familia". En Beccaria, L. y López, N. (Comps.), *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad Argentina* (111-160). Buenos Aires: Losada.
- Martínez Veiga, U. (2004). *Trabajadores invisibles. Precariedad, rotación y pobreza de la inmigración en España*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Monreal Requena, P. (1996). *Antropología y pobreza urbana*. Madrid: Los Libros de La Catarata.
- Neffa, J. C. (2009). "Sector informal, precariedad, trabajo no registrado. Noveno Congreso Nacional de Estudios del Trabajo (ASET)". Recuperado de <<http://www.aset.org.ar/congresos/9/contenido.htm>> (consultado en noviembre de 2011).
- Paugam, S. (2007). *Las formas elementales de la pobreza*. Madrid: Alianza.
- Perelman, M. D. (2007). "¿Rebusque o trabajo? Un análisis a partir de la transformación del cirujeo en la Ciudad de Buenos Aires". En Schamber, P. y Suárez, F. (Comps.), *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina* (245-268). Buenos Aires: Prometeo.
- Portes, A. (1995). *En torno a la informalidad. Ensayos sobre teoría y medición de la economía no regulada*. México: FLACSO.
- Rowe, S. y Wolch, J. (1990). "Social Networks in Time and Space: Homeless Women in Skid Row, Los Angeles". *Annals of the Association of American Geographers*, 80 (2 jun.), 184-204.
- Salvia, A. (1999). "Sectores que ganan, sociedades que pierden. Procesos y balance general". En Salvia, A. (Comp.), *La Patagonia de los noventa. Sectores que ganan, sociedades que pierden* (3-28). Buenos Aires: La Colmena.
- Schamber, P. (2008). *De los desechos a las mercancías. Una etnografía de los cartoneros*. Buenos Aires: SB.
- Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Wacquant, L. (2001). *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad al comienzo del milenio*. Buenos Aires: Manantial.
- Weber, M. (2006). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Buenos Aires: Terramar.
- Wilson, W. J. (1987). *The Truly Disadvantaged: The Inner City, the Underclass and Public Policy*. Chicago: University of Chicago Press.